

Sin azúcar

■ ■ Abel Cárdenas Lara*

—Chocolate sin azúcar... ¿A quién demonios le puede gustar eso? —dijo Lola la última vez, cuando regresé a despedirme para siempre.

—Sólo a Abril —respondí—, por eso me enamoré tanto.

Fue en el metro donde la vi por primera vez. Los abrazos en el parque, el escucharla quejarse de sus maestros, y aquellas tres veces que lo hicimos vinieron después... poco antes que volviera Lola. Estaba del otro lado de las vías, cabello largo y rizado, bajita y flaca, con un pantalón holgado a la cintura, del cual, entre el cinto que llevaba y la pequeña blusa abotonada, se escapaba un vistazo de su abdomen, pero... fueron sus enormes anteojos color rojo y de pasta los que llamaron mi atención... qué te puedo decir... mi alma gemela. Fue extraño, entre toda la multitud encontró mi vista, fija en ella, viéndola... me enamoré en ese instante. No podía dejar que sólo se fuera y nada más, que tomara el próximo tren sin que yo hiciera algo al respecto... por eso me lancé a las vías.

Aún sigo viendo sus ojos tiernos contrastando con el agresivo rojo de sus lentes; mi mente sigue aferrada a esa imagen, y mis manos y mis dedos tristes por la falta de los suyos cuando camino, mi pecho cansado de tanto suspirar y mi corazón odiándome por no haber hecho nada para evitarlo.

Voltee hacia ambos lados del túnel, ignorando mi pie derecho la línea amarilla trazada en el suelo, y alcancé a ver la luz del que abordaría ella... sin pensarlo... salté.

Una señora gritó asustada, la muchedumbre la secundó:

— ¡Tranquilo muchacho! ¡Sal de ahí! ¡Loco! ¡Idiota!

Ella no gritó, ella tenía la boca tapada con ambas manos, y allí las dejó hasta que subí al otro andén. Tras de mí pasó el primer vagón; por poco me arrolla. La mano del conductor se quedó pegada en la estruendosa bocina de la máquina, aun así mis oídos escuchaban los latidos agitados de mi corazón, ella no logró escucharme cuando, ya estando muy cerca y con las rodillas temblorosas, le dije:

—Te invito un café.

Ella no quitó las manos de su boca, no hizo nada, estaba congelada. Lentamente levanté mi también temblorosa mano derecha hasta alcanzar la suya y, mientras bajaba sus manos, respondió:

—Ya vienen los policías.

Un anciano, que caminaba apresurado entre toda la gente, me topó con el hombro y balbuceó:

—Estúpido.

Enseguida, ella me empujó también, pero con ambas manos, y me dijo:

—Rápido, subamos.

Ahí comenzó mi historia con Abril... antes que volviera Lola.

Ya en el atiborrado tren, y con su rostro, adorablemente, cerca del mío, insistí:

—Te invito un café.

Inmediata y secamente, respondió:

—Gracias, pero odio el café.

* Abogado postulante de profesión, egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Nuevo León, esposo y padre de familia, nativo de la ciudad de Monterrey, Nuevo León, escritor y músico por herencia paterna, con una fuerte inspiración en las novelas de Gabriel García Márquez.

—Entonces, chocolate.

—No —continuó tajante—. Bueno... quiero decir... el chocolate no lo odio. Un chocolate estaría bien... pero sin azúcar.

Jamás tuve una novia como Abril. Jamás descifré por qué sus ojos hipnotizaban el tiempo haciendo que mis días enteros a su lado fueran simples entremeses momentáneos de aquel año y medio de felicidad. Lola no era nadie junto a Abril, Lola sólo era Lola, la misma de siempre, la que siempre está y la que siempre estuvo.

El teléfono sonó; tuve que interrumpir la pasión con la que Abril me besaba.

—Tu padre está muy enfermo. Ven a la casa, por favor— era mi madre, lo cansado de su voz me exigió correr hacia dónde ellos, lejos de Abril, hacia donde, irremediablemente, moriría don Augusto, mi viejo.

Abril no me pudo acompañar, ella estaba en temporada de exámenes y yo no se lo exigí, ni siquiera conocía a mis padres. Año y medio es poco, no podía obligarla a acompañarme, también buscaba una beca en el extranjero, en España; alguna vez me mencionó el nombre de la ciudad, pero mi mente, siempre distraída por lo bello de sus ojos, no le puso atención. Un año y medio de tiempo puede ser poco, pero yo cambié desde el momento en que vi a Abril, desde el primer abrazo, desde el primer beso que nos dimos, desde la primera vez que su cuerpo y el mío fueron uno. Me dijo sentirse terrible por no poder estar conmigo, pero que estaría tranquila, que me esperaba de vuelta, que me ocupara de mis padres, que todo saldría bien... pobre de ella, que equivocada estaba.

Mi hermano vino por mí, pero, como siempre, no fue él quien me recibió, sino ella, la misma de siempre... la Lola.

—Vaya, creí que no vendrías —exclamó Lola al viento, con la voz fría de indiferencia, sin mirarme, sin dirigirse a mí, pero, obviamente, refiriéndose a mí.

Lola estaba más hermosa que nunca.

— ¿Creíste que no quería ver a mi padre? —

respondí de igual forma, sin mirarla.

—Creí que no vendrías, punto, a ver a quién quieras, o a quién no quieras... si es que acaso puedes querer a alguien.

Sin que siquiera yo le extendiera la mano para saludarla, sin que siquiera yo le diera un dejo de querer saludarla, Lola se acercó y, aún sin mirarme, me dio un beso en la mejilla.

Los días pasaron, el calor era terrible, igual que la lenta muerte de mi padre. Las llamadas de Abril se formalizaron a una diaria a las seis de la tarde en punto, también se formalizó la presencia de Lola con su cabello cenizo y restirado, y esa cola de caballo que le llegaba casi a la cintura, y sus pesadas pisadas con sus contorneadas piernas, siempre tras de mí, como antes, como siempre, siempre envolviéndome, siempre constante, siempre abrazándome desde lejos o desde cerca sin siquiera tocarme, siempre con el aroma del perfume que yo le regalé cuando ella tenía quince años y yo apenas doce.

La agonía de mi padre y la mía, por no tener a Abril conmigo, crecían a la par. Me la pasaba dormido, encerrado con él en su recámara. Ninguno de los dos queríamos ver a nadie, ambos queríamos que todo terminara ya. La gente lo visitaba e interrumpía nuestros sueños, nos obligaban a abrir los ojos. Él atendía a las visitas dejando de soñar con el sueño eterno, y yo, desde el reclinable que fuera su preferido, también los abría para dejar de soñar con aquellos hermosos ojos claros de Abril. El calor era infernal, pero mi corazón y mi piel estaban fríos como témpano, desesperados por la falta de Abril, entonces, mientras mi padre dormía, Lola entró en la habitación y, así de simple, volvió a entrar en mi vida.

Ella me conocía desde niño, conocía todo de mí: mis defectos, mis debilidades y mis tormentos. Y, así de simple, volvió a ser ella, la misma de siempre, la Lola. Y, así de simples, volvimos a ser los amantes tortuosos, los mismos de siempre... de aquel siempre antes de Abril.

—Tengo novia —le confesé a Lola mientras me besaba el cuello y mientras yo soñaba con que sus labios eran los de Abril.

—Ya lo sé, tus ojos y tu sonrisa boba me lo dijeron cuando regresaste.

—Se llama Abril.

—Ah... Ahora tienes una Abril.

Los días siguieron pasando. Llegamos al punto en que mi padre cerró los ojos definitivamente, no muriendo, pero si despidiéndose, preparándose para su partida sin retorno. Y Abril y yo lamentándonos en la distancia, por la horrible distancia que nos separaba. Ella prometía sorpresas cada que hablábamos por teléfono; era igual de espontánea que yo. Y yo ocultándole a la Lola, un tanto cansado por la situación, limitándome a decirle que extrañaba sus bellos ojos.

—Te tengo otra sorpresa más —dijo Abril emocionada al otro lado de la línea telefónica.

—Dímela, por favor —respondí cansado al jugueteo—. Ya perdí la cuenta de cuantas me vas a dar cuando nos veamos.

—Esta será la mejor... la madre de todas las sorpresas.

¿Cómo iba a saber yo que esa última sorpresa sería, también, la madre de todas mis desdichas?

— ¿Por qué no me puedes querer? —dijo Lola mientras me acariciaba el cabello, con mi padre dormido frente a nosotros, tal cruel escenario idóneo para la reproducible ocasión—. ¿Por qué no puedo volver a ser tu Lola como antes?

—Porque sólo la quiero a ella.

—Pues cuéntame más de tu Abril, entonces... todo lo de su aburrida vida. Quiero saber qué maldita cosa es lo que la hace tan especial para hacerla yo también, y así te enamores de mí.

—Eso jamás ocurrirá, Lola.

—Está bien... entonces cuéntamelo para que cuando me encuentre a alguien como tú, soltero, claro está, se enamore perdidamente de mí, como tú lo estás de ella.

—Lo único que te puedo decir, es que tú jamás...

Un abrupto beso cayó mi boca y puso en silencio toda la habitación. Le correspondí, como

siempre, lo mismo que mi piel correspondió al calor incesante de su piel, característico de ella, único de ella, único de Lola.

Pero... un par de sonidos inesperados interrumpieron aquel frenesí... el sonido de la puerta al abrir y el de un ramo de flores topando contra el suelo, caído desde las manos decepcionadas de quién fuera todo en mi vida: Abril.

Corrí tras ella, Lola se quedó sentada, dibujando una leve sonrisa en el viento, como diciéndose a sí misma... "te lo dije", perdiéndose tras mis espaldas, viéndome como me alejaba de ella, como siempre, en el triste horizonte de las circunstancias.

No presencié el funeral de mi padre, ni tampoco alcancé a Abril. Dicen que se ganó la beca en España, en la maldita ciudad de la cual no recuerdo el nombre, puesto que ni siquiera le puse atención cuando me lo mencionó. A la fecha, no la he encontrado. No he podido hablar con ella para decirle lo estúpido que soy, que no puedo vivir sin ella, que me perdone, que Lola no es nada para mí.

Después, el funeral de mi madre me hizo regresar de nuevo a mi casa; ahora Lola no me buscó... sino que yo la busqué a ella. Tuve que comprender lo que se siente que te abandonen sin cerrar el círculo para atreverme a terminar mi relación con ella.

—Lola, he perdido a Abril para siempre. No te culpo a ti por lo que pasó. Yo sé que las cosas pasan, que la vida es así.

—Mírate... Sí que te cambió tu Abril. Tú hablando de la vida cuando jamás te importó la de nadie... ni siquiera la tuya. Pero no te preocupes, tienes razón, la vida es así.

—Pues sí... pero ya no siento, ya no sueño, ya no hay sol que calme mi ansiedad.

—Tranquilo, René... aprenderás a disfrutar la vida sin Abril, así como lo he hecho yo sin tenerte a ti a pesar de quererte más que a mí misma. Recuerda que la vida es un regalo breve, una golosina que te regaló alguien que te quiso mucho. Disfrútala, disfrútala sin ella... como si estuvieras obligado a disfrutar... de un chocolate sin azúcar.